

ters. El tono era más práctico que arisco. «Soy perfectamente capaz de prepararles una comida yo mismo». Así pues, comenzando por el almuerzo, pasaríamos el día entero en Palo Alto.

Nunca había conducido por una autopista americana, y en la Inglaterra de 1959 las autopistas no existían aún. Salimos temprano de Berkeley en un coche prestado, decididos a llegar puntuales. La ruta resultó ser más sencilla de lo esperado y las indicaciones de Winters eran la lucidez misma. No es posible hacer tiempo en una autopista y, una vez has salido, aunque temas equivocarte de carretera y extraviarte, también es posible llegar a tu destino con sorprendente rapidez. Esto fue lo que hicimos. Llegamos con una hora de antelación.

Un alto seto escondía el hogar de los Winters, haciéndolo igualmente impenetrable (o eso nos dijimos para nuestros adentros) desde ambos costados. Decidimos pasar la hora sentados bajo su protección. No bien hubimos aparcado, sin embargo, Winters apareció junto a la verja y empezó a caminar a grandes zancadas hacia el coche. Mi mujer, la primera en reponerse, cayó más que salió del coche, disculpándose al hacerlo por llegar tarde. El día había empezado, y desde luego terminaría, desastrosamente.

No obstante, este hombre conocido por su carácter arisco, que según decían podía resistir cualquier intento de conversación con un «sí» tan lacónico como su «no», se apiadó de nosotros o nos tomó cariño. No hablamos mucho de literatura, pero cuando el tema salía sentíamos cierta incomodidad. ¿Williams? Se ha vuelto ilegible. ¿Pound? Un completo bárbaro. La lista de poetas a los que Winters estaba dispuesto a dar su aprobación se reducía, como era de esperar, a los de su propia escuela: Alan Stephens, Edgar Bowers, J. V. Cunningham. Sin embargo, lo sorprendente de la conversación de Winters aquel día era precisamente su falta de esa abstracción racionante que él aseguraba admirar en poesía. Su charla era una celebración de lo concreto: las viñas californianas, los árboles californianos y la forma de sus hojas, la topografía local y los cambios que había experimentado el vecindario, los hábitos de los fox-terriers, las migraciones de ciertas aves, qué pájaros visitaban Palo Alto, las distinguidas peculiaridades de la antigua cultura californiana.

Más tarde, en su estudio, mientras se aprestaba a firmar un ejemplar de sus *Collected Poems*, me pasó el último libro de J. V. Cunningham. Lo hojeé unos instantes y entonces vi que Winters me miraba. «Bien, ¿qué piensa de esto?». Hice una pausa antes de hablar. ¿De verdad esperaba un veredicto instantáneo? Todo lo que logré decir fue: «Parece... um... más original que *The Helmsman*.» «¿Original?», replicó Winters: «no hay nada

particularmente virtuoso en ser original.» Uno puede imaginarse un tono de voz en el que esta frase sonaría contundente. No obstante, la sentencia me fue ofrecida no con frialdad, sino como un consejo, algo digno de ser meditado. Dudé en someter este regalo al argumento que se merecía, pues después de todo venía acompañado de sus propios poemas. Lo que se fue formando en la mente sin llegar jamás a la lengua fue algo así: «*Existen* ciertas obviedades de tono y fraseo, rimas demasiado suaves y pulidas que sugieren un eco meramente pasivo de formas tradicionales y...». Esta reflexión, no obstante, venía provocada menos por una consideración inmediata de la obra de Cunningham que por una debilidad que a mi juicio echaba a perder los poemas de Winters, a la que habría que añadir cierta extraña ineptitud en la dicción. Aquí teníamos a un poeta, todo rigor y formas cerradas, capaz sin embargo de describir un rifle militar con la frase *with carven stock unbroke* («con grabada caja intacta»), una muestra de arcaísmo tan desmañada como laxo e insípido era el verso (en referencia al mismo rifle) *your bolt is smooth with charm* («la gracia suaviza tu gatillo»).

El día fue un éxito completo. La verdadera dignidad y dimensión del hombre se nos hicieron inequívocamente aparentes, lo mismo que su capacidad para la amistad, que no para la amistosidad. Winters no mostraba ningún deseo de agradar, pero, como en su afán de hacer probar un vino particularmente bueno, se mostraba ansioso por compartir lo que juzgaba mejor. Esta misma vehemencia era aparente cuando ofrecía para la meditación, por decirlo así, su distintiva visión de la vida californiana. Esta visión, además, se hallaba teñida de cierta tristeza elegíaca, como en su poema ‘California Oaks’, una clara conciencia de que el lugar había cambiado y estaba cambiando hasta resultar irreconocible. Su queja recordaba la de Williams: «Cuando vinimos aquí por primera vez, esto era el campo».

Jamás volví a ver a Winters, si bien con frecuencia he tenido ocasión de pensar en su vínculo con otra parte de América. En el norte de Nuevo México hay un pueblo fantasma llamado Madrid (el acento recae en la primera sílaba). La mina de carbón, la sola *raison d'être* del pueblo, había cerrado hacía mucho en plena Navidad y durante años la aridez extrema del desierto había dejado intactas las decoraciones navideñas, incluyendo una efigie a tamaño real de José acompañando a María, ambos con los rasgos del rostro borrados por el sol, junto al niño Jesucristo sentado en un asno. En un extremo del pueblo se levanta aún la escuela, vacía y cerrada con llave, con muros que se agrietan lentamente. Fue aquí donde Yvor